

alba lara

nuestra cultura del silencio

La mujer tiene menos sentido de justicia, es más reacia a someterse a las grandes necesidades de la vida y más propensa a dejarse influir en sus juicios por sentimientos de afecto y hostilidad.

Freud, 1927

A través del aprendizaje familiar, el individuo aprende con la ayuda de otros las formas del comportamiento social respecto a la mujer, como madre o como figura sustituta de ella; aprende además que ha de incorporar valores que le han sido transmitidos a través de su socialización familiar. Y dentro de ésta, es la madre la portadora fundamental de los valores culturales, tanto al nivel de la participación social como de la diferenciación individual. Es por ello que dentro de la conducta humana, la condición femenina es la parte más susceptible de adaptación a las condiciones y necesidades sociales, y de hecho la maduración individual y por tanto social de la mujer pueden y permiten modificar la capacidad de cambio histórico. Y esta tesis, contrapuesta casi radicalmente a la que postulara Freud hace medio siglo, es la que trataremos de mostrar en este ensayo.

El resultado de las actitudes que asume la mujer en los diversos estratos sociales hace variar el contenido del valor del que se dota al "feminismo", como proceso resultante de la determinación de la división del trabajo. Por ejemplo, una mujer reducida al papel de "ama de casa" responde a una función social casi obligada, pero sin considerarse por ello que realiza un trabajo productivo. Y desde esta posición es que logra alcanzar una mayor o menor "femineidad" en términos valorativos, de moral social.

La división del trabajo, como resultado característico de la concentración humana en grandes poblaciones, llevó a la definición del tipo de actividades que deben realizar tanto hombre como

la mujer, así como del sistema de relaciones que históricamente se han establecido entre ambos. Y el tipo de vínculos que se establecen regularmente dentro del proceso histórico actual, permite observar el impacto del cambio en las relaciones interpersonales (hombre-mujer) y de sus códigos morales (eróticos, amistosos y de trabajo) en las organizaciones formalizadas e institucionales, trátase del ámbito de la industria, del comercio, del gobierno o de la vida cultural.

En la mayor parte de los estratos de las sociedades capitalistas, el control y la distribución de los bienes y los servicios siguen estando determinados sobre todo por el hombre, como resultado de la estructura patriarcal, sólo en apariencia remota, pero todavía requerida por la necesidad de incorporar los deseos de universalidad de la mujer dentro del marco de un condicionamiento cultural que la constriña a sus "papeles sociales" pre-fijados.

En las grandes ciudades se pone de manifiesto la necesidad que tiene la mujer de ser "liberada", de su imposibilidad de independizarse y de ejercer un poder de auto-realización por sí misma, sin que esta conciencia se convierta en un reclamo que considere las posibilidades reales y las modalidades viables de una lucha consistente y organizada, por lo que se mantiene siempre como un proceso expectante de desarrollo práctico. Y mientras así sucede, sigue prevaleciendo "la mujer maternal", que se ve cada vez más abrumada por un contexto de exigencias tecnológicas cada día más complejo.

Las capacidades racistas y sexistas, que la mujer ha integrado culturalmente, la remiten a forjar sus funciones de por vida, determinando, de esta manera estereotipada, tanto la calidad como el tipo de sus relaciones íntimas e interpersonales. Sin embargo, la situación social en la cual la mujer ha ido modificando esta tendencia, a través de una educación reservada hasta hace pocos años sólo al hombre, la conduce a la búsqueda de mayores gratificaciones e iniciativas personales. Y este proceso, de coexistencia de estereotipos tradicionales y de tendencias al cambio, plantea en nuestra sociedad actual la necesidad de complementar las capacidades estrictamente biológicas que la mujer posee para la procreación, con una fecundidad social que también tiene para cubrir sus propias necesidades de creatividad y reconocimiento en todas aquellas esferas de acción en las que desearía participar, ya sea en el campo de la ciencia, del arte, la técnica, la política y la propia vida familiar; pero en el mundo dominante de la mujer de hoy sólo parece existir un modelo específico al que necesita someterse para ser reconocida como "creativa"; "creatividad" que al ser improductiva puede resultar devaluante en términos sociales y suele resultar insatisfactoria en términos personales. Y es

importante considerar cómo estos rituales restrictivos del comportamiento cultural son aprendidos y reproducidos, determinando las posibilidades de realización tanto del hombre como de la mujer.

El esfuerzo colectivo para fijar y mantener los roles que determinan los tipos de comportamiento sexista influyen sobre la conducta que posteriormente asumirán hombres y mujeres. La función del rol que tiene que desempeñar la mujer en nuestro contexto social, le genera sentimientos y expectativas, anhelantes y frustrantes a la vez, con respecto a los límites de su concientización acerca de su comportamiento posible en los campos específicos en los que se mueve y también por lo que hace al aspecto determinante del manejo de los hijos y de su relación con el hombre. Y esta participación múltiple no obedece a las reglas generales de la responsabilidad social, sino que depende todavía, más que nada, de las normas particulares aplicadas a la mujer como sub-especie, de acuerdo con los intereses comunitarios y los valores imperantes.

Es evidente, por ejemplo, que la imposibilidad cultural que aún existe en nuestro país para que la mujer se desenvuelva en el importante y significativo quehacer de la participación socio-política-económica, es lo que la constriñe a elaborar y mantener sus propias normas y pautas de participación y reconocimiento dentro del microcosmos familiar; es la marginación dentro de la sociedad global la que lleva a la mujer a buscar y obtener una posición o **status** familiar dominante o sobresaliente y a definir y demarcar los papeles que debe jugar dentro del contexto familiar. Y al mismo tiempo esta autorrestricción la mantiene alejada de la posibilidad de una participación más igualitaria dentro de la estructura social.

Esto, indudablemente, representa para la mujer mexicana una importante confrontación entre sus gratificaciones tradicionales y sus nuevas y todavía endebles necesidades de participación social activa.

Retrospectivamente, la evolución y el desarrollo históricos de la posibilidad de incorporación de la mujer a las tareas sociales nos remiten al análisis de valores gravados en el ser femenino desde hace cientos de años, a través de una configuración inconsciente que le permite a cada mujer sentirse y diferenciarse como tal. El problema es que dichos valores se han estructurado alrededor del hombre, quien por su parte aparece como protector y benefactor de la mujer. La inevitable respuesta femenina a este proceso ha sido la configuración de necesidades y expectativas culturales en el sentido de que sus problemas le serán resueltos a la mujer, mientras se mantenga viva la consideración de que es la parte más sensible, susceptible y débil de nuestra sociedad.

Este proceso histórico ha cambiado indudablemente, ya que en la época actual podemos observar, dentro de los círculos familiares que integran las clases medias, una serie de actitudes y comportamientos que integran el impulso a una responsabilización por parte de la mujer de su propio destino y de sus propios problemas. Sin embargo, lejos de plantearse estos cambios sencilla y linealmente como benéficos, se manifiestan y mantienen con una gran necesidad de rivalización y de control, es decir, que el temor al cambio en nuestro contexto social mediatiza el sentido de responsabilidad que trata de adquirir la mujer para asumir su capacidad potencial de agente de la transformación social. Y es que la propia libertad de aceptar sin "miedo a la libertad" (Fromm), la decisión de exteriorizar y comunicar las limitaciones personales que cada mujer siente, estructuradas y reforzadas por nuestro contexto social y cultural, resulta frenada y obstaculizada por los propios sentimientos de culpa; culpa ancestral que es el vehículo más importante de la resistencia al cambio en la condición femenina.

Es un hecho que la expectativa social imperante respecto de la mujer coloca sus esfuerzos al nivel de una búsqueda exploratoria a través sobre todo de necesidades fantasiosas, de procesos de idealización y proyectos de sustitución de la mítica "madrecita mexicana". Esta exploración la conduce a través de una renuncia aparentemente desinteresada de sus logros en los diversos niveles y contextos sociales, pero que representa una real capacidad para convertir este sacrificio y la hostilidad que le subyace en actitudes reivindicatorias del franco control familiar.

En México, tal pareciera que fuese inevitable, casi un destino propio, la situación secular de la mujer; ésta vive en condiciones de condicionamiento social por lo que hace a los papeles que debe desempeñar y representar en nuestro contexto de conservadurismo existente y que constriñe a un estereotipo el comportamiento femenino, reforzado por el rol consumista en sus diversas acepciones tanto económicas como de conformación socio-histórica.

Y esta configuración, indudablemente, está influida por la historia personal, pero es ratificada por las necesidades e intereses sociales en cuanto a las diversas actividades que la mujer puede y debe asumir en cuanto a sus papeles de esposa, de madre, de amante, de prostituta, etcétera; obviamente cada uno de ellos matizado con la función que se le permite exteriorizar dentro del manejo "adecuado o no" de su sexualidad, el cual queda impregnado con un sentido de "bueno" o de "malo" o bien de ambigüedad y ambivalencia, pero siempre dentro de un gama de responsabilización-culpabilización individual por asumir estas actitudes. Sin embargo, el hecho de que estos procesos sean

incorporados por la mujer desde su propia socialización familiar y bajo el impacto reforzante de normas sociales que parecen incuestionables, no le permiten concientizar ni las actitudes reales que asume, ni los problemas "morales" y eróticos que le plantean.

En nuestra sociedad consumista y objetal, la mujer consciente o inconscientemente entra en la dinámica de la preservación del atractivo físico y "moral" y esto le permite consumir productos, revistas y programas de televisión con el objeto de conservar la "femineidad" definida a partir de valores propios de un proceso de compra-venta, es decir, como objeto de consumo; objeto (bien, servicio) a cambio del cual el hombre dará "lo mejor de sí", circunscrito socialmente a un racionalismo que oculta en su aparente frialdad la preservación vehemente de una virilidad equiparada con la capacidad de ejercer la autoridad; autoritarismo disfrazado, a su vez, de actitud protectora en términos económicos y "morales". La respuesta de la mujer a esta situación consiste en asumir un papel estereotipado (el de esposa, el de madre o el de amante), desatendiendo y renunciando a sus otras posibilidades. Los papeles sociales se le presentan entonces como opciones cerradas, excluyentes, disyuntivas.

Éste es un problema actual que incumbe y compromete en la práctica tanto a las mujeres como a los hombres, porque precisamente son mutuas y recíprocas las expectativas y las necesidades que lo configuran; se trata de una cuestión fundada en la mutua necesidad del sometimiento y del acatamiento a la parte "más fuerte" y del establecimiento de los vínculos de chantaje y de control compensatorios de la parte "más débil" y de la manipulación resultante entre ambas partes. Esta dinámica vuelve a la mujer indirecta y sutil en sus expresiones, ya que tiene que decir o hacer todo aquello que puede influir activa o pasivamente en las personas más inmediatas a ella, sin que se trasluzca ningún objetivo intencional de obtener fuerza, control o mayor capacidad de decisión familiar o de participación social.

El proceso de adaptación propio del conformismo se centra sobre todo en una función estabilizadora, que incorpora a la vez las necesidades de integración y de conservación, como factores biológicos necesarios para la preservación, y el desarrollo de la vida y la imposición que una función social conciliadora y tranquilizadora adscrita en forma cultural arbitraria a la mujer dentro de la pareja en general y de la familia en concreto. Es así que la revaloración de la capacidad biológica de la mujer en términos que le permitan apoyar la integración social a través del cambio y no de su adormecimiento, se contempla como una fase desestabilizadora; tan es así que ha existido una franca oposición y se mantiene una sorda resistencia al incremento en la educación

de la mujer y al enriquecimiento de su aprendizaje cultural y de su participación social. Sin embargo, los avances que pueda tener la mujer quedan de alguna manera grabados en su herencia cultural y en la representación misma que determina o configura su función biológica. Y ello finalmente determina la conducta futura (a través de los hijos) tanto de la mujer como del hombre.

Es evidente que la continuidad de las necesidades primarias y básicas se fundamenta en las demandas biológicas de protección y de seguridad, pero lo importante es que la educación adscribe estas necesidades biológicas y sus satisfactores sociales de manera muy diferente a los hombres y a las mujeres. Las diversas reacciones estructuradas alrededor de la dependencia, a partir de la búsqueda de autopreservación y seguridad, influirá en gran medida en el desarrollo que puedan tener "los motivos" femeninos y las demandas sociales de la mujer. Es así que, a partir del marco biológico, el aprendizaje y la formación de hábitos juegan un papel muy importante en la consecución o frustración de los objetivos de cambio social, e incluso en la elaboración de los controles psicológicos internos que a través de ideas, emociones, rasgos y actitudes traducirán en los términos individuales de cada mujer las demandas que se le imponen socialmente.

Y es que el aprendizaje cultural incorpora desde la infancia hasta la adultez todos aquellos símbolos que de una manera u otra son estimulados y reforzados desde la adscripción de necesidades de protección y seguridad. La expresión cultural en nuestro país de este fenómeno, por ejemplo, está representado por tabús, por actitudes y necesidades de seguridad que se refuerzan y alcanzan sobre todo a través de símbolos de poder, falsamente confundidos con rasgos de potencia vital. La posesión de mujeres en forma esporádica o permanente (en exclusividad) es asumida como un poder masculino que se traduce en términos de seguridad y dependencia. Por medio de este proceso el individuo se siente liberado de tensiones sin llegar a establecer un vínculo real y profundo de compromiso personal y social; nuestra historia nos muestra así frecuentemente los efectos de la desorganización que generan la incomprensión del origen y el alcance social de este problema, desviándose la atención pública hacia una diversidad de síntomas dispersos (el divorcio, la paternidad irresponsable, el movimiento de liberación femenino, etcétera).

Evidentemente la causa básica que articula los fenómenos que se presentan alrededor de la mujer se localiza en la imposibilidad de una organización racional que permita estructurar posibles descripciones e interpretaciones de nuestro sistema social. Y es que la imposibilidad de cuestionar nuestro sistema valorativo necesariamente nos deja en la fase inicial de la elaboración teórica, pero sin un sentido de significación concreta que permita ajustar

las necesidades reales y existentes de los miembros de nuestra sociedad a la posibilidad de utilizar cauces y canales de comunicación y acción organizada, para plantear y expresar el descontento y lograr en consecuencia un adecuado manejo de la frustración de aquellos grupos de mujeres que se formulan con mayor conciencia la problemática que se vive en la parte más estructural o interna de las vivencias personales.

En nuestro sistema social las alternativas de elección para la mujer podrán adquirir algún sentido de gratificación siempre y cuando se adecúen a las posibilidades reales de cambio de nuestro ámbito social y se abran los canales de información y de comunicación hoy circunscritos en buena medida a una cultura masculina.

De hecho, la manifestación del conflicto que vive la mujer, a través de fenómenos como las agrupaciones y las organizaciones sociales que demandan y exigen cambios estructurales, requieren adaptarse a nuevas pautas de conducta, superar los roles femeninos tradicionales. La mujer necesita ensayar nuevas actitudes para participar en estos movimientos que a su vez le permitirán la renovación social amplia de sus papeles pre-establecidos, estrechos, artificialmente disyuntivos.

Es indudable que las metas y las responsabilidades a que nos induce en México el "movimiento de liberación femenina", por ejemplo, requiere de la posibilidad y de la capacidad de planeación para el cambio, así como de la determinación social de los instrumentos reales y de los recursos sociales y culturales disponibles para llevarlo a cabo. La aparición del "movimiento de liberación femenina" en México viene a expresar en nuestra temprana y reciente conciencia sobre las fases y los límites culturales de la mujer, la necesidad de desarrollar una importante experiencia abierta a las expresiones de gratificación y de logro, con el mismo ímpetu y energía que se han dedicado hasta ahora a la frustración, el fracaso y el estrechamiento de canales de expresión. Se trata de un proceso difícil, ya que tiene que luchar también en contra de la gratificación aparente, artificial, que es la más sutil de las defensas frente al cambio real en la posición de la mujer. Y es que con la adquisición de un éxito social aparente (organizado de antemano por un sistema consumista), la mujer se sabotea en lograr la realización de sus valores de acuerdo con una organización y jerarquía propias.

La dinámica de cambio se vuelve más compleja porque el proceso de socialización requiere de medidas gratificantes, sustitutas de la seguridad tradicional, que inserten la actividad femenina en el marco de las demandas sociales productivas y a través de beneficios educacionales que contrarresten los condicionamientos

“pasivo”, “explotado”, servil; pasividad asignada incluso a título de “diferenciación biológica”. Por otra parte, a la manera que Hegel señala en su fenomenología, la mujer mantiene un mayor control sobre los procesos de permanencia y de cambio en “la naturaleza humana” y negocia desde esta capacidad real y desde aquella servidumbre aparente el control y la dominación del “amor”.

Desde la perspectiva femenina, por un lado, la ambivalencia exige la necesidad de la dependencia como resultante de la educación recibida, y por otro, se desarrolla la necesidad del desquite, del “revanchismo”, como proceso explicativo de la limitación que tiene la mujer para poder participar en algunas áreas consideradas y valoradas tradicionalmente como “masculinas”. Sin embargo la conformación de la mujer a través de las normas sociales imperantes la hacen reprimir su sexualidad y su agresividad, lo cual, al no encontrar cauces adecuados para depositar la hostilidad y la frustración afuera, se vuelve contra sí misma; y de hecho lo que puede significar placer y gratificación en el área emocional y de realización social, se llega a asociar con aspectos dolorosos y destructivos para la mujer.

Existe un principio elemental del comportamiento social femenino que consiste en el paso casi automático de la inactividad dentro del tutelaje familiar a la necesidad de tomar decisiones dentro de un control familiar que el hombre le delega en la práctica, en la medida en que éste se vuelca en sus responsabilidades de trabajo y en su vida extra-familiar. Esta expectativa de madurez instantánea por parte de la mujer provoca el que asuma rasgos aparentes de maduración, es decir, de manera rígida y estereotipada. La conducta de la mujer en este sentido se antojaría entonces como de una “niña” permanente en el fondo bajo la apariencia de serenidad, femineidad, seductora-pasiva y capaz de asumir decisiones prácticas cotidianas sobre los hijos y el manejo del hogar.

Esta dependencia de la mujer a su familia original y a la nueva condición familiar en la que recrea a la anterior mientras lucha con mayor o menor suerte contra el modelo original, está reforzada por un sistema de “premios” y de “castigos” que tratarán de marcar la conveniencia o inconveniencia de cada conducta que ensaya. Y esta tendencia hacia el sometimiento, por lo menos aparente, por parte de la mujer, se mantiene justificada frente a sí misma en nombre de valores de autoestima en los que la estimación misma ha sido definida de antemano por una jerarquía de valores que le fue impuesta socialmente.

Freud consideraba el carácter femenino ligado de manera inherente a la debilidad y a la receptividad pasiva, de acuerdo con el grado de sometimiento existente en la mujer hacia fines del siglo

XIX. Y es desde ese contexto cultural que define las carencias de la mujer en todos los ámbitos sociales, culturales y psicológicos, desde su vivencia infantil de las diferencias anatómicas con respecto al hombre. Lo importante es que el aprecio que la mujer tiene de sí misma va a depender de la valoración que se le da a la femineidad en cada época y no de una supuesta “desventaja” biológica.

La rebeldía de la mujer ante “el hecho catastrófico” y determinante que la imposibilita a participar de manera igualitaria al varón en términos sociales, se intenta esclarecer todavía en los enfoques sexistas y conservadores, como una superioridad inherente al hombre y una condición femenina de inferioridad, desde la cual —escribe Erik Erikson— toda mujer desarrolla “una neurósis de compensación omnipotente, marcada por una reiterativa insistencia de restitución”.

Esta reducción organicista del origen de los problemas femeninos sigue reforzando a través de canales “terapéuticos” y de divulgación cultural la prevalencia de los patrones masculinos y la exigencia de una devaluación femenina que posponga la participación de la mujer dentro de la política, la cultura, la economía, la ciencia y la técnica. A este respecto el papel que juegan los medios de comunicación de masas —por lo que hace a la conformación de la opinión de grupos importantes de las clases medias y proletarias— es muy importante, ya que presentan patrones de conducta y lenguajes que constituyen las herramientas posibles para modificar la conducta o —con mayor frecuencia— para reforzarla. Esta capacidad para exteriorizar ideas a través del lenguaje accesible colectivamente, permite comunicar a través de símbolos que existen ciertos códigos morales y culturales que se mantienen “vigentes”; es decir, que hay algunos valores que han de permanecer inalterables para que el tipo de dominación social imperante sobreviva.

La necesidad y la importancia de la imitación de los prototipos que le presenta la cultura de masas, así como la adaptación a los roles que ésta le presenta, influyen en la idea que la mujer se hace de sí misma como producto de las ideas que a su alrededor “se dan por sentadas”. La autodiscriminación de la mujer, la identificación y sometimiento a la prepotencia de lo masculino, se mantiene así a través del reforzamiento social de medios de comunicación que alcanzan por su impacto emocional el núcleo conflictivo y latente en la mujer que la hace “reconocer como propios” los valores en nombre de los cuales precisamente ha sido objeto de rechazo e inequidad.

Y es que la condición dominante de la mujer dentro de la inmensa mayoría de las familias mexicanas choca evidentemente con nuestro principio de realidad y de respeto y acatamiento hacia

la figura masculina, de tal manera que se encubre en nuestro país bajo el estereotipo definido históricamente de "abnegación" y de "sufrimiento"; y la ambivalencia entre aquella condición de dominio y de control y esta imagen de sumisión pasiva se comunica de generación en generación a través del rol y del prototipo de la madre. La mistificación por la cual el hombre gobierna desde su posición de proveedor de la economía doméstica conduce a la mujer a la necesidad de reafirmar su prevalencia disfrazada dentro del orden institucional propio de la familia. La contraparte de su capacidad de control familiar reside en una responsabilización social que restringe la capacidad creadora y del desarrollo individual de la mujer a la función de generar y de reforzar estas capacidades creativas en los otros miembros que integran "su familia".

Indudablemente que la actitud posesiva que caracteriza a muchas mujeres-madres de clase media las hace poderosas en tanto que potencialmente son transmisoras de valores de cambio social, ya que desde la renovación en el sistema de participación familiar se prefiguran las nuevas modalidades de relación y de acción en el ámbito social. Sin embargo, la responsabilidad que de manera inconsciente se le atribuye a la mujer de nuestro país suele residir sobre todo en la tarea de educar a los hijos a imagen y semejanza de como ella fue educada, de tal manera que se estructura un conflicto entre la posibilidad real de la mujer de convertirse en la agente principal del cambio social y la necesidad de compensar su devaluación dentro de la sociedad global a través de actitudes posesivas y de control que constituyen severas resistencias y limitantes a su capacidad familiar creadora. La diferencia respecto a épocas previas en que la mujer se consumía en este conflicto dentro del ámbito familiar es que cada vez más las mujeres salen a dirimir sus conflictos internos frente a problemas y alternativas sociales objetivas, en las fabricas, en las oficinas, etcétera, en donde sus desconfianzas e inseguridades se verán retroalimentadas por la desigualdad social en el tratamiento del trabajo creativo de la mujer.

El conflicto ideológico que vive la mujer redundando en su propia concepción de invalidez frente a la doble amenaza de una participación social restrictiva y de la inercia que la conduce a tratar de mantener la hegemonía familiar a través del control del hombre y de los hijos por medio de chantajes y estrategias culpígenas. Es así que el proceso de maduración psicosocial femenino exige a la vez la superación de las trabas en la participación social amplia de la mujer y la modificación de las reglas del juego dentro del sistema de relaciones familiares.

La inseguridad socialmente heredada respecto a su autovalora-

ción y a su capacidad para ser querida y aceptada, le impide incluso a la mujer derivar gratificaciones importantes del poder real que ejerce dentro de la familia. Y aun cuando se le aparece como disyuntiva la posibilidad de ser valorada en la sociedad global o de mantener su prevalencia dentro de la familia, la realidad es que sólo revalorando su capacidad creativa dentro del contexto familiar podría adquirir la seguridad suficiente como para negociar una mejor y mayor participación económica, política y cultural en la sociedad global. Sin embargo esta posibilidad implicaría superar el sometimiento a la disyunción de roles, a la imposibilidad social de ser amante-esposa, madre y ser social creador, activo, participante y responsable.

Este proceso adquiere grados y niveles de conflictos muy diferentes, de acuerdo con la clase social a la que una mujer pertenece. Es posible que sufra el conflicto de la devaluación nacional de las tareas científicas (signo clave de nuestra **dependencia**), a partir del eje concreto de que existen más mujeres que hombres dedicadas a este quehacer (en puestos no ejecutivos), como bien puede tener el problema de la pérdida de control sobre los hijos y de influencia en el hombre, por los amplios horarios que se ve obligada a pasar en la fábrica o en la oficina. De acuerdo con su situación de clase, la mujer puede centrar sus dificultades en la posibilidad o no de desertar de una carrera universitaria o en la posibilidad de mantener un nivel de subsistencia o de precariedad, abandonando según la opción en mayor o menor tiempo a los hijos.

De hecho, la mujer vive la doble discriminación de asumir una posición devaluada, secundaria y explotada dentro de la familia (Marx lo señalaba como la división natural del trabajo) y a través de la propia división en clases de la base social y económica, y obviamente dentro de la superestructura cultural donde la mujer determina sus rasgos y características distintivos con autonomía relativa y servidumbre a los valores masculinos a la vez.

En cuanto al comportamiento que asume la mujer dentro de las clases medias que actúan como prototipos de las sociedades contemporáneas, predominantemente urbanas, se revela esta sujeción a las posiciones de servicio (y de preferencia como auxiliares del hombre) en el hecho de que el supuesto carácter femenino, pasivo y maternal, sigue siendo explotado desde ocupaciones tales como secretarías, maestras, enfermeras, etcétera. Las actividades propias de los cargos directivos y ejecutivos, tanto en la administración como en la ciencia y en la política, se le siguen presentando como ajenos y prohibidos y sólo logran tener acceso a ellas por medio de una explotación sumisa y promiscua de su femineidad o bien a través de la renuncia a ésta, volviéndose masculina en sus actitudes y acciones.

Lo relevante por lo que a “lo femenino” se refiere, es contemplado en el contenido explícito de la literatura sobre la mujer como la necesidad de enmascarar sus impulsos sexuales más genuinos a través de formas sociales y culturales pre-establecidas, es decir, que le son impuestas. En la época patriarcal victoriana, el centro de la atención se ubicaba en una valoración casi exclusiva de la cultura fálica, masculina, y el problema de la histeria surgía en la mujer burguesa europea ligada a las profundas creencias prevalecientes sobre su naturaleza inferior con respecto a la del hombre. Y este aspecto tomado en conjunto con la vitalidad erótica femenina se expresa como el trasfondo unitario de los trágicos personajes clásicos (de Flaubert e Ibsen, por ejemplo), en tanto que exploran las manifestaciones de la represión de la mujer por una cultura racionalista y masculina dominante.

En la formación personal de la mujer se mantiene todavía de manera implícita el dogma cultural de su inferioridad y la búsqueda de su identidad, sobre todo desde su comprensión de sí misma a partir de la manera en que se relaciona con el hombre. Todavía Erick Erickson afirma que “la identidad de los sexos no es posible sin la imagen del hombre”. Y ello dentro del contexto de que la mujer necesita modificar sus intereses personales para adecuarlos al incremento de la tecnología y a las relaciones sociales que de ésta se derivan tal y como las define el varón y tal y como las vincula con el desarrollo social, la participación política y cultural. Y de este contexto surge la definición precisa de la posición de la mujer, del reconocimiento de aquello para lo cual está capacitada y, en una palabra, de todo lo que se espera que “haga”.

Si en algunas ocasiones la mujer mantiene su determinación para “**representar**” públicamente todo lo que siente tener el derecho a realizar como expresión personal de un quehacer dentro del proceso histórico, como es el dedicarse a trabajo científico, profesional, político, etcétera, se le exige que atienda y satisfaga las “necesidades que le son propias” tal y como la pertenencia y regulación de la casa, en donde tiene la responsabilidad de lograr la paz y el descanso del varón que regresa de sus luchas y conquistas cotidianas y donde ha de mantener activa su entrega pasiva y su devoción de curar. Y el problema estriba en que esta exigencia unilateral tiende a inutilizarla en su capacidad de conflicto, es decir, en su potencial disposición al cambio. Sin embargo, este proceso artificial de debilitamiento es reasumido por la mujer a través de sus mecanismos indirectos de desquite y de dominación sobre su pareja y sus hijos.

La reciente reacción de la mujer urbana de clases medias ante esta situación consiste en una creciente toma de conciencia de su

libertad restringida, lo cual la lleva a actuar con una tendencia marcada a la búsqueda de emancipación a través del ensayo de "modelos de igualdad" que, en muchos aspectos, no son otra cosa que meras carreras competitivas y rivalizantes, tal y como han sido elaboradas y estandarizadas por el mismo sistema social frente al cual dice rebelarse.

Muchos de los intentos de autoafirmación reactiva de las mujeres dentro de nuestra sociedad surgen de las desigualdades dentro del proceso educativo por las cuales sus capacidades, destrezas y actitudes inteligentes son tomadas como rebeldes desafíos a los que se oponen medidas disciplinarias, tendientes a que asuma su papel de sujeto indeciso e inseguro de su inteligencia y raciocinio, de tal manera de quedar lista para depender ulteriormente de un hombre que la oriente y que le explique la realidad de las cosas.

Todo un mundo de sentimientos de inferioridad con relación a la mujer se recrea en forma cotidiana a través del trato suave con frases y palabras delicadas, tranquilizadoras y adormecedoras, que mantienen la fidelidad a los orígenes de nuestra cultura, es decir, una profunda resistencia de cambio. La frecuente sensación de resentimiento que priva en la mujer es una de las consecuencias de su posición aparentemente "privilegiada", por la cual después de ser una pequeña niña-reina, vencida y educada para aguardar, pasa a ser relegada más tarde cuando participa o es marginada del proceso social a través de los cuales los hombres producen y reproducen las condiciones de su existir.

Las más de las veces la mujer es relegada a desempeñar el papel de propiedad sin percatarse de su situación, ni cobrar la conciencia que le permitiría protestar y organizarse para cambiar su situación. Las características reforzadoras y compensatorias que hacen que la mujer se mantenga apacible y satisfecha en apariencia, consisten en una cierta seguridad económica, en su manutención total (o parcial importante) por parte del marido y de una ideología de lo femenino que le hace aparecer su vida como completa emocional y afectivamente en tanto "centro familiar" alrededor del cual giran su esposo y sus hijos. La renuncia a la apropiación de su propio destino se compra a un espurio costo de una capacidad para expresar cualidades y capacidades "propias" en las actividades del manejo y del control de su hogar.

Los mensajes culturales que recibe la mujer para reforzar sus rasgos de pasividad como formas distintivas de relación y de comportamiento, se basan en una interpretación de las características biológicas sexuales, según la cual se concibe al espermatozoide como activo y competitivo mientras se confunde la receptividad (igualmente activa de hecho) del óvulo con una posición pasiva, de tal manera que esta versión adquiere la fuerza demostrativa de la

“ciencia” en su aspecto más irrefutable, ligado con un proceso evolutivo y genético. Determinada socialmente, la formación caracterológica de la mujer tiende a ser presentada como biológicamente preestablecida. Y el símbolo más eminente de esta situación de carencia y subordinación estaría dado por el contraste entre los sexos, determinado por la capacidad o “incapacidad” para poseer el miembro masculino. Y por una vuelta de tuerca, este privilegio del falo se ha puesto también en contra del varón, a través de la tendencia de la mujer a obtenerlo para sí en forma simbólica y retaliativa por medio de sus profundas y masivas actitudes de castración.

Como contraparte del poder hegemónico de lo fálico, la vagina refuerza y motiva la actitud de “guardar”, es decir de conservar la tradición y de preservar el hogar. Sin embargo la vida sexual de la mujer está cambiando hacia una actitud menos prejuiciosa y moralista y con ella se ahonda el momento de transición por el cual las viejas tradiciones sucumben a la conciencia femenina de su capacidad para controlar la procreación y reapropiarse de su vida erótica.

Incluso los aspectos biológicos se han mostrado susceptibles de ser manejados por la mujer, tanto en sus periodos de reproducción como a partir de la menopausia o en las fases de lactancia, adecuables cada vez más a un proyecto personal.

La tendencia planetaria al control de la natalidad ha ido desplazando el centro de valoración de la mujer de su fecundidad y capacidad reproductiva a sus cualidades de pareja gratificante en lo erótico y en lo intelectual. Y este proceso ha facilitado el esfuerzo de la mujer por revalorar su capacidad de goce sexual y racional, emotivo y cultural, lo cual habre coyunturas que las mujeres habrán de utilizar en mayor o menor medida para ampliar y redefinir su participación creativa en el mundo, o mejor aún, para reasumir sus capacidad de participar en la creación del mundo social e histórico.

Y es que frente a “la holganza y la sexualidad” como características fundamentales que hacen de las mujeres objetos de consumo en la sociedad capitalista tradicional, tanto los procesos de industrialización en el neocapitalismo como la dignificación del trabajo en las nuevas sociedades socialistas permiten a la mujer enfrentarse al monopolio hegemónico de los varones.

Los movimientos de liberación femenina conllevan las limitaciones de sus orígenes de clase media y de su restricción en el concepto de libertad al contexto propio del liberalismo norteamericano. Sin embargo, coadyuvan a establecer las precondiciones para la superación del fetiche de consumo en que la mujer había sido reducida por una sociedad atenta solamente a los satisfactores económicos y al prestigio social.

En síntesis, asomarnos al estudio de la rivalidad existente entre mujeres y hombres, nos arroja a la comprensión de una lucha antigua y constante por el poder. Rivalidad que condujo a que un grupo de mujeres aceptara finalmente el dominio de los hombres y que un grupo de hombres aceptara en cambio asumirse como defensores de las mujeres. Y este estudio nos enfrenta sobre todo a la incipiente posibilidad de superar la rivalidad entre los sexos, de redefinir la división sexual en términos distintos a los de dos "bandos". Pero para ello se requiere la tarea y el esfuerzo compartidos, cotidianos, de hombres y mujeres, por adquirir la suficiente confianza y seguridad en la toma de decisiones que les permita respetar su soledad necesaria y profundizar su penetración intelectual y afectiva, condiciones de una mayor y mejor valoración mutua.

Son ilusiones válidas, realistas, si se asume y comprende su enorme grado de dificultad. Complejidad que está hoy representada por la necesidad de poder en las diversas áreas de la existencia que impide el logro de la afirmación personal y que revive la inercia de las limitaciones e inhibiciones sufridas por hombres educados y apoyados por mujeres constreñidas a una cultura del silencio envejecida y superviviente.